

de á la verdad, solo atiende á la caridad, no usa de aquellas tímidas condescendencias en que padece la piedad, y que en vez de edificar á los pecadores que nos las piden, los confirman en sus injustos errores. Considerad hoy á los discípulos; su celo es tratado de embriaguez y su celo se inflama mas; los tienen por locos y la injusticia de los públicos discursos solo sirve de confirmarlos en su santa locura; los miran como engañadores y no hacen mas para atraer al mundo á su favor que lo que hicieron para que se declarase contra ellos, esto es, condenarle, edificarle y reprenderle.

El espíritu del mundo es un espíritu de lisonja y artificio; como el amor propio es principio de él, solo busca la verdad en cuanto ésta puede agradarle, no se declara en favor de la piedad sino cuando ésta halla partidarios favorables, no hace alarde de la virtud sino en los lugares en que la virtud le honra; y este es el espíritu que nos rige y gobierna, un espíritu de timidez y de condescendencia; teme declararse por la parte de Dios, y en todas las ocasiones en que es preciso declararse es fácil y se acomoda á todo; por eso cuando es preciso exponernos por su gloria á la burla y censura de los hombres, retrocedemos y con una falsa prudencia disimulamos nuestra cobardía, y cuando se trata de desagradar por no faltar á las obligaciones, tenemos por legítima la trasgresion, y lo primero que se examina en las acciones que Dios nos pide, es si serán del agrado del mundo, y por no perder la estimacion del mundo parecemos tambien mundanos, hablamos segun su estilo, aplaudimos sus máximas, nos sujetamos á sus costumbres, y aun por evitar el ser molestos seguimos sus placeres, tomamos parte en sus distracciones y acaso participamos de sus delitos.

Si nos juzgamos con sinceridad á nosotros mismos, confesaremos que este es nuestro carácter; toda nuestra vida no es mas que un tejido de artificios y de condescendencias reprobadas por la ley de Dios; en todas las ocasiones sacrificamos las luces de nuestra conciencia á los errores y preocupaciones de aquellos con quienes vivimos; conocemos la verdad, y no obstante, la retenemos con injusticia; alabamos las máximas que la contradicen y no nos atrevemos á resistir á los que la condenan; sacrificamos continuamente á la lisonja y al deseo de agradar, mil cosas que nos reprende nuestra conciencia y aun de las que nos separa nuestra inclinacion; en una palabra, no vivimos para nosotros mismos y para la verdad, vivimos para otros y para la vanidad; queremos agradar, no podemos vivir sin el mundo, nos unimos á él por fines de gloria, de fortuna, de establecimiento, de crédito, de reputacion, de diversion y aun de amistad y sociedad, y de aquí proviene que cuando concurre la verdad con alguna de estas pasiones y que es necesario declararse por ella, la abandonamos, acomodándonos al tiempo; disimulamos é ideamos falsas máximas para justificar nuestras injustas condescendencias; nos persuadimos á que la vida del mundo, á que estamos ligados, nos los hace inevitables; por eso toda nuestra vida se pasa en condescender con los hombres, en acomodarnos á sus pasiones, en seguir sus ejemplos y en acceder á sus máximas; no tenemos constancia, resistencia ni valor; todo nos hace titubear, todo nos arrastra. La condescendencia es el principio de toda nuestra conducta, y sin tener acaso vicios en nosotros, nos hacemos culpables de los de los demás, y no nos ejercitamos en virtud alguna.

No obstante, como en nuestro corazon conservamos al-



guna reliquia de amor á la verdad, como no nos entregamos al mundo sino por fuerza, como evitamos los grandes desórdenes, y como nos distinguimos de él por acciones exteriores de piedad, creemos que no somos suyos, como aquellas almas mundanas á quienes tiene embriagadas. Pero nos engañamos; á lo menos es constante que no pertenecemos al espíritu de Dios, que no es él quien nos gobierna y nos posee, porque este divino espíritu es un espíritu de fortaleza, de firmeza y de valor; no teme al mundo porque le desprecia; no intenta agradar al mundo porque está crucificado para él; no busca la aprobacion del mundo porque él es juez de sus juicios; no intenta adquirir la amistad del mundo porque es su enemigo; no se deja llevar de los ejemplos del mundo porque le ha vencido. El carácter mas opuesto al espíritu de Dios es este carácter de cobardía y de condescendencia, y la mas segura señal de que Dios no está en el corazon y que aun somos del mundo, es cuando le tememos mas que á la verdad, cuando le servimos á costa de la verdad, cuando queremos agradarle á pesar de la verdad y cuando continuamente le sacrificamos la verdad.

¡Gran Dios! derramad hoy en nuestros corazones este triplicado espíritu de recogimiento, de abnegacion y de firmeza, que derramado en otro tiempo sobre vuestros discipulos los hizo nuevos hombres, vencedores del mundo y testigos de la verdad; aniquilad en nosotros este espíritu del mundo, este espíritu de distraccion, de falta de mortificacion, de condescendencia y de cobardía, que tanto tiempo ha cierra en nuestros corazones la entrada á vuestro divino espíritu; renovad en este dia nuestros deseos, nuestros afectos, nuestras inclinaciones y nuestros pensamientos;

venid, espíritu de verdad, á nuestros corazones, ocupad el lugar del mundo miserable que nos desagrada y á quien no tenemos valor para desagradar, y despues de haber establecido vuestra morada en nosotros acá en la tierra, haced que seamos templos eternos de vuestra gloria y de vuestra verdad. Amen.

